

Alberto Fuguet

USHUAIA
(UN DESTINO MELODRAMÁTICO)

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ALBERTO FUGUET
USHUAIA
(UN DESTINO MELODRAMÁTICO)

TUSQUETS
EDITORES

Ushuaia

por Bruno Lucero

Antes de despertar, antes de abrir los ojos y contemplar el espejo de agua color esmeralda del lago Pehoé, Elisa Amenábar comprendió que no podría continuar el viaje. No llegaría a Ushuaia ni tampoco viviría más allá del otoño. No era la fatiga de los kilómetros recorridos ni del equipaje arrastrado, sino el peso del fin. Su fin.

Suficiente, se dijo antes de esbozar una sonrisa inundada de paz.

Miró atenta los hielos y las nubes rozando apenas el macizo de las imponentes torres de roca que se alzaban nevadas como dedos traviesos que han probado merengue y ahora intentan tocar el cielo índigo. Era un telón de fondo imbatible. Esta imagen iba a quedarse grabada en su memoria. Debía quedarse, nunca podría borrarse. Pensaría en esta *suite*, en esta cama, en este ventanal y esta vista cuando llegara la hora y entendiera que debía partir. *Apagarse* decían las empleadas y enfermeras que cuidaron a su madre. *Se apagó como una velita*. Ella se iría de otra manera. Siempre había sido desafiante. Elisa se iba a quemar, iba a arder antes de que la cremaran. Iba a conectarse con este lugar en el fin del mundo. Este era su final, y lo aceptaba con una calma inquietante, como quien mira la última página de un libro que le ha dado tanto y que ahora debe cerrar.

Son importantes los finales, se dijo.

No iba a llegar a Ushuaia, pero al menos había llegado hasta acá. Al Explora, le dijo la chica de la recepción, se viene a explorar.

Acá comienza otro mundo, pensó.

¿La conclusión de uno y el inicio de otro?

Por ahora no tenía miedo. Incluso se sentía anímicamente fuerte, aunque entendía que su cuerpo estaba frágil, que debía cuidar su energía. Llevaba medicamentos para el dolor incipiente en la boca del estómago. No iba a tener miedo. Debía racionalizar, no dejarse llevar por supersticiones. Era simplemente un acto tan cotidiano como quedarse dormida. Aunque vencida por un cansancio mayor, existencial, acaso terminal, que no permite ningún tipo de insomnio.

La morfina te va a ayudar, le dijo el doctor con tono seco. Confía en mí, estoy de tu lado. Será mucho más fácil que dar a luz, te lo doy por sentado, mujer, no vas a sentir mucho y lo que experimentarás será placentero. Vas a estar tan sedada que no te darás cuenta, ¿de acuerdo? No te vas a ir gritando ni vas a estar asustada. ¿Te cuento algo? La mayor parte de la gente a la que he visto irse lo ha hecho en paz. Casi lo esperan. No quieren más guerra.

Quiero paz, se dijo. Como la canción de Eduardo Gatti.

Que descanses en paz no es una frase, no es un cliché, Elisa. Es la pura y santa verdad, y eso que yo de creyente nada, pero sí creo que somos como juguetes con pila y la pila al final se acaba, pero no es que sea un horror. He visto a muchos irse. Y eso es: te vas. Como tomar un avión. Las vacaciones terminan. Ahora lo importante son los cuidados paliativos. Paliar el dolor, la ansiedad, el miedo. Te daré todo lo que necesitas para que estés en calma. Ahora tú arregla tus cosas, despídete si quieres de los que te interesan, no hagas nada que no quieras, ¿ya? Hazme caso, no

te pongas rebelde. Ya no más quimio, ¿para qué? Viaja, pasea, anda al cine, come helados. Viaja. No tan lejos, pero viaja.

Ahora lo estaba haciendo con su único hijo, y luego...

Luego...

El viaje —los viajes, porque la vida era eso: *un viaje*— iba a concluir.

¿Hay algún lugar que no conozcas o al que quieras volver? No conozco la Patagonia, me gustaría llegar a Ushuaia, doctor. Hazlo, mujer. Por último, lo pagas todo a crédito y después no lo pagas, ¿entiendes?

Recordó con precisión quirúrgica la oficina damasco-crema del oncólogo Ernesto Schuster. Esa mesa de vidrio Sur, esos laberintos pintados por Patricia Ossa. Ella, Elisa Amenábar Méndez, iba a enfrentar su consumación inminente en un lugar en el que nunca había estado: el fin del mundo. Pero ya no le quedaban fuerzas o, mejor dicho, entendió que las energías que sí tenía (esa hambre por las aguas termales, por el *trekking*, la brisa glacial, los platos de centolla acompañados de sauvignon blanc) debía usarlas acá en la provincia de Última Esperanza.

Ushuaia tendría que esperar.

Tampoco había estado tan mal, se dijo antes de sentir la suavidad imposible de la frazada de doble capa de lana de guanaco. Ni su vida (errática, desmembrada, rebelde) ni este viaje final.

Sí: podía gastarse una suma importante en esta última aventura. Siempre fue cautelosa con el dinero. La herencia de Beltrán estaba resuelta. Él no tendría problemas. Y el resto de los ahorros no los necesitaría ella *después*. O en el más allá. No, no iba a ponerse beata, a estas alturas, no. Eso siempre le gustó de su familia, de su círculo: gente bien, progresista, siempre del lado correcto de la historia.

Elisa podía entender que los menos privilegiados fueran creyentes, hicieran mandas, rezaran o tuvieran supersticiones, pero este desenlace, el suyo, prefería enfrentarlo más como una novelista de esos libros que tanto le fascinaban que entrar en pánico. No iba a desesperarse. No, nada de curas, nada de misas, nada de cementerios, nada de andar pagando mausoleos o terrenos en esos Parques del Recuerdo (un nombre atroz, pensó con una mueca). No. Daba lo mismo lo que sucediera después, lo importante era ordenar sus cuentas pendientes.

Así es: este sería su último Año Nuevo. No era para tanto. Sí: iba a morir, pero ¿acaso no lo hacen todos? Si no llegaba a Ushuaia, tampoco podía quejarse. Ya había llegado —ya habían llegado, Beltrán y ella— hasta acá y estaban juntos.

El viento patagónico golpeaba con furia los ventanales, pero dentro del Explora, todo parecía detenido junto al calor suave de la habitación. El hotel estaba construido para desaparecer entre la loca geografía austral. Era bajo y de madera blanca. Parecía reptar entre las piedras y la maravillosa llanura helada con sus bosques húmedos aladaños. Coigües magallánicos, lengas y ñirres, laderas tapizadas de líquenes amarillos, verdes, grises y ocre. Elisa miraba el paisaje a través del vidrio: un horizonte de montañas, el gris cambiante del cielo reflejándose en las aguas del lago y una sensación de quietud tan vasta que casi se podía masticar.

El parque nacional Torres del Paine era la octava maravilla del mundo y sí, tenían razón: no era solo el peñasco de piedra esculpido al azar lo que deslumbraba, era el entorno. La suma, el contexto, los colores oscilantes. Sí: las pirámides impresionaban, pero estaban ubicadas al sur de una ciudad feroz como El Cairo y en medio de un desierto desangelado, intolerable. El Nilo pasaba cerca, pero no aportaba, no se integraba al conjunto. Este accidente geográfico, en cambio, era parte de un todo que no

parecía un accidente, sino un espectáculo planeado por un arquitecto iluminado. ¿Dios? No, pero al mirarlo casi daban ganas de creer en él, o en algo. No podía ser simplemente azar. Pensó en los diseños de Cristóbal Elgueta, un paisajista joven con buen gusto y, como una vez le dijo su madre, eso «no se hereda; se tiene o no se tiene y no todos lo tienen, ¿te fijas?». ¿Cuántos años llevaba muerta su madre? *Alivio*. Eso fue lo que sintió cuando murió. *Alivio*. No solo porque dejó de sufrir, sino porque sin ella la vida le resultaba más fácil, más llevadera. Su madre la juzgaba, la opacaba, la enervaba.

Que ella lo dejara libre, a solas, ¿sería una suerte de regalo para su hijo?

Elisa había elegido este lugar, porque alguien le había dicho que allí el continente parecía desplegarse entero y luego concentrarse todo en una punta final. Extrañamente, eso la consolaba, como si el fin del mundo pudiera reconciliarla con el suyo. ¿Quién había sido? Quizás fue su amiga Guillermina Steinman con la que asistía a clases de Historia y Cultura General en el Instituto Cultural de Providencia. O, a lo mejor, lo escuchó en la radio del auto, en ese programa de El Conquistador donde siempre hablaban de viajes, de giras por lugares exóticos, de esos sitios que hay que visitar antes de morir.

Antes de morir...

A sus cincuenta y tres años, Elisa Amenábar tenía la estampa de una mujer que había sido guapa sin proponérselo. Ahora, las huellas del tratamiento la habían transformado: la delgadez de sus manos, los pañuelos de seda Hermès que ajustaba sobre su cabeza, la fragilidad que incluso su postura recta no podía esconder del todo. Siempre había querido bajar de peso y ahora, de algún modo, lo había logrado. Las ironías de la vida. Era joven, pero contaba con una certeza atenuante: no iba a tener que envejecer ni enfrentar la decrepitud ni volverse una vieja de mierda. Su piel todavía la acompañaba. Esa tez mate, lo que le

valió el sobrenombre de Negrita de parte de su padre, le había jugado a su favor. Aun así, a estas alturas no iba a prescindir de su *skincare*, ese rito matinal y nocturno de autocuidado, relajó, meditación (con canciones de John Denver, Olivia Newton-John, Carole King, todo el repertorio de la Infinita). Elisa partía con una leche limpiadora antifatiga La Roche-Posay, que seguía con una crema reparadora de día Age Perfect de L'Oréal (¿tenía la edad perfecta?, se iba a ir justo a tiempo antes de transformarse en una anciana sola que pasa en cócteles o encamada viendo series de la BBC), pero la fatiga seguía. No había loción, ni sérum, ni ácido hialurónico que pudiera detener el paso asesino del tiempo. No importaba cuánto producto botánico renovador se aplicara la noche antes. Daba lo mismo que el lindo frasco anunciara que «mientras duermes, la piel alcanza su máximo nivel de renovación celular, mostrando por la mañana células nuevas que revelan una piel visiblemente más firme, radiante y joven», porque no era tan así. El suero Renacimiento Celular Midnight regenerador no había protegido sus células, ni urea alguna pudo hidratar su piel como quería. Quizás debía desayunar arándanos. La quimio no había sido dócil en su pelo ni en sus uñas, ni menos en los talones de sus pies (esas escamas). El tónico alisador era el mismo que usaba Isabella Rossellini. Le gustaba esa mujer, toda la línea Lancôme le parecía fina, siempre tenía Trésor cerca. Le gustaba la sensación de frescor del tónico enriquecido con magnesio y vitamina C para revitalizar su piel. Miró sus ojos y sus arrugas. Basta, se dijo y alejó el pote de Renacimiento Celular Contorno de Ojos Mirada Radiante. Ya no era necesario. Se aplicó una crema hidratante con factor solar 50 y dio por terminada la rutina.

Quiero fumar. Fumar me calma, fumar me gusta. Necesito mis Kent Light.

¿Qué daño me puede hacer?

Ya nada me puede hacer daño. Soy indestructible ahora que me destruyo por dentro. *Carcomiendo*, le aclaró Guillermina, que era experta en muertes prematuras y hablaba de gente con cáncer como si fueran infidelidades escandalosas. *¿Adivina? A la Nidia Urrejola le detectaron un tumor al páncreas y está frita, Elisa; tuvo que cancelar el viaje con su amante a Fiyi. De qué le sirve tener una hija ministra con una media casona en La Dehesa. ¿De nada, mujer! ¿De nada!*

Ya no era necesario cuidarse. Curiosa palabra: *cuidarse*.

Se cuidó algo.

Fíjate en el colesterol, fuma menos.

Lo hizo. Y para qué. De qué sirvió, pensó, mientras se ajustaba la bata de toalla blanca para salir al viento y al aire polar a fumar un par de cigarrillos. No tuvo cáncer al pulmón, nada respiratorio. Siempre se revisó los pechos y realizó los papanicoláu de rigor. Cero susto por ahí, nada anormal, todo perfecto. ¿Era el cáncer una metáfora? Se acordó, de pronto, de su amiga Irene que de tanto sufrir por los otros, de tanto haber hecho todo mal (incapaz de cortar con su hijo adicto, codependiente de su hija abusada bipolar), sucumbió por su colon. Encerrada en un departamentito mal ventilado y sin luz en la calle Napoleón. La carcomieron sus nervios, guardarse todo, no articular ni compartir nada ni siquiera con ella. ¿Eran amigas si nunca hablaban de lo que importaba? Cáncer de tiroides: crecimiento descontrolado. Eso le tocó a Elisa. Ronquera, pero no por fumar. Le habían extirpado el tumor, pero la enfermedad seguía. No era posible ganar esa batalla. Y a veces es más noble rendirse.

Cuando salió del baño, se fijó en Beltrán aún dormido, su cabello rubio revuelto contra la almohada de la otra cama. Su hijo de veintiún años era su única compañía en este último viaje. Alto y delgado, con esa placidez tensa de los hombres jóvenes

que todavía no han encontrado su lugar en el mundo, Beltrán parecía un extraño en los días recientes.

Compartían silencios más que palabras, y aunque Elisa a veces lo encontraba exasperante, sabía que su presencia era un regalo.

Estudió el ritmo pausado de la respiración de Beltrán.

Dormía boca abajo. Notó detalles que no había percibido antes. Las cicatrices pequeñas que marcaban su piel, recuerdos de una niñez repleta de juegos y caídas. Era un cuerpo joven, lleno de potencial, pero también cargado de mudez.

¿Cuándo le iba a hablar?

¿Se iría sin articular los secretos que saltaban a la vista?

¿Por qué no confiaba en ella?

Quizás este viaje era para eso: para hablar, para pasar de desconocidos a aliados, para intentar ser cómplices. Se acercó hasta olerle el pelo. Le pareció reconocer el aroma del padre, al que conoció en Roma. Facundo, el uruguayo que olía a hinojo, el tupamaro chico bien que lo había arriesgado todo por liberar a su pueblo y que, en aquellos tiempos, apostaba sus energías revolucionarias en una librería llamada Rayuela en Madrid, donde iba a leer el propio Benedetti. Pero eso era parte de otra vida, otra historia. Ahora estaba con su hijo casi adulto en esta suerte de despedida. Recordó cuando era pequeño y los pies de Beltrán cabían en sus manos. Después de mudarlo ella siempre se los besaba.

Antes de los nueve, él comenzó a alejarse, a necesitar sus espacios. Dejó de hablar, de hablarle. Nunca hablaba. Nunca hablaban. Ella lo quería saber todo, sobre sus días, sus amistades, sus amoríos, pero él guardaba reserva, aunque ella sabía que le pasaban muchas cosas en su interior. Habían compartido habitación por economía, sin embargo, Elisa intuía que, en el fondo, era un gesto que ambos agradecían, aunque ninguno lo dijera.

—Quizás en Natales o en Ushuaia te puedes quedar en tu propio cuarto. Ahí vemos. El Explora sale una fortuna y lo vale,

y no ando midiendo gastos, pero hay un límite, amor. Además, te conviene que te deje la mayor cantidad de plata posible. ¿No crees? Si necesitas privacidad, sal a caminar o anda a los salones, que son espléndidos, o vas a la piscina o las termas —le dijo anoche en la cena.

—Claro —le respondió él.

—No creas que yo no necesito mi espacio también.

—Puede ser.

Hacía años que no estaban tan cerca. No desde que Beltrán era un niño que se colaba bajo sus sábanas después de una pesadilla. Quizás lo que más había cambiado en ella era la forma en que lo miraba. Había en su hijo algo que se le escapaba de las manos, un lenguaje que no compartían. Él era la razón más importante por la que había decidido viajar hasta aquí. Quería regalarle algo antes de que su propia vida terminara, aunque no sabía exactamente qué. Beltrán ahora estaba aburrido, incómodo, pero con el tiempo este recuerdo crecería, se transformaría en un mito, en una épica filial.

Este viaje final. Una madre, un hijo, el fin del mundo y los hielos, icebergs, glaciares y vientos que intentaban lanzarlos al suelo. ¿Qué sé de él?, pensó Elisa, y la pregunta se quedó suspendida en el aire cálido de la habitación. Sabía que su hijo no era como los demás. Lo sabía desde hacía tiempo, mucho antes de aquella conversación interrumpida en el coche, cuando él tenía dieciséis y quiso contarle algo que nunca llegó a pronunciar. Lo que no se dice pesa, meditó ella ahora, y el silencio entre ellos era un océano en el que ambos flotaban sin rumbo. Aquí, en la Patagonia, el sigilo todavía era tan vasto como las montañas que los rodeaban.

Elisa miró a Beltrán una vez más, antes de girarse hacia la pared. Pensó en las conversaciones que nunca habían tenido, y en las pocas palabras que se habían atrevido a cruzar durante el día. Una tarde, mientras limpiaba su habitación, encontró

debajo de su cama una revista. Era una publicación de modas, *Vogue Hommes*, pero las páginas que habían sido cuidadosamente marcadas mostraban imágenes de modelos masculinos: hombres jóvenes, atléticos, posando con ropa ajustada. Elisa no dijo nada, simplemente colocó la revista de vuelta en su lugar, con la sensación de haber cruzado un umbral invisible.

—Tú puedes contarme cualquier cosa, lo que quieras, ¿lo sabes? —le dijo una vez en su departamento frente al parque Forestal, sin levantar la voz, mirando la ensalada de rúcula sobre la mesa de vidrio.

—Lo sé. Pero no hay nada que contar. Esto no es una película, mamá. Y si lo fuera, te preguntaría sobre mi padre. Pero, aunque no lo creas, no me ha traumatizado su ausencia ni saber nada de él. Sé cuidarme.

—Ya te lo contaré.

—En tu lecho de muerte, ya sé.

Cuando Beltrán finalmente despertó, lo hizo con el rostro cubierto de sueño, pero con una expresión que a Elisa le pareció inexplicablemente vulnerable. Él se estiró y la miró con ojos oscuros que parecían contener un mar de pensamientos.

—¿Dormiste bien? —le preguntó Elisa, rompiendo el silencio. Beltrán asintió.

—Soñaba con... Con mi viaje de estudio. Qué raro. ¿Te acuerdas del Dante?

—De Dante Solari. Tu amigo del colegio. Claro. Era lindo.

—Puede ser. Sí, de más. Pero era un narciso.

—¿Desayunemos juntos? Ando con antojo de crepes con muchos arándanos.

—Dale. Me ducho y te alcanzo.

Esas palabras sencillas bastaron para que Elisa sintiera una pequeña chispa de esperanza. No podía deshacer el pasado ni

cambiar los mutismos acumulados, pero quizá en los días que les quedaban juntos podrían encontrar una manera de estar realmente presentes el uno para el otro. Aunque fuera en un rincón perdido en el planeta, rodeados de acantilados y ventisqueros, eso ya era algo.

Elisa caminó rumbo a los salones, por pasillos que semejaban túneles de madera. De pronto, sintió un escalofrío. Mi ruana, se dijo, y regresó al cuarto.

Escuchó el ruido de la ducha. En el suelo, una polera sucia de Beltrán. La recogió para guardarla en el clóset, y al girar divisó la puerta del baño entreabierta. Lo vio bajo el agua, tras la inmensa mampara de vidrio empañada, sumido en la más absoluta inconsciencia de su propia juventud. Beltrán tenía toda la vida por delante. Una vida sin ella. Elisa sintió un nudo en el vientre. No lo vería crecer, madurar. No iba a estar para apoyarlo. ¿Pero alguna vez lo había estado realmente?

Era pleno día, y la luz de la ventana cenital caía en ángulo, volviéndolo todo de un blanco radiante, como si la ducha fuera una especie de altar de vapor y agua. Ahí estaba: su hijo, acaso su única certeza. Tenerlo fue la mejor decisión de su vida a pesar de los qué dirán.

Elisa sintió el calor húmedo en su rostro.

Luego tomó su ruana y salió de la habitación de los dos.

El comedor del hotel Explora estaba tranquilo, atravesado por una luminiscencia diáfana que se filtraba a través de los ventanales. Elisa estaba sentada en el mesón compartido, una tabla inmensa de pino Oregón. Sobre ella un despliegue de jugos, aguas de napas, café, té, rolls de canela, croissants, tostadas, mermelada de naranja amarga y de ruibarbo. También había crepes con arándanos ahogados en crema recién batida y una tarta otoñal con arándanos y guindas ácidas.

Con las manos rodeando la taza caliente, cerró los ojos un instante y dejó que la fragancia del café llenara sus pulmones. Tantos años que tomó café instantáneo y vino en caja. No para ahorrar, sino porque todo le daba lata. No necesitaba darse lujos, para qué. Buena parte de su vida estuvo inmersa en lata. ¿Era eso depresión? No iba a entrar a terapia ahora. Le habían asignado una chica experta en cuidados paliativos y salud mental. La despachó con insultos. Pensó en todo lo que había dejado atrás: los amigos que ya no estaban, los sueños que no había perseguido, las revoluciones que no resultaron, las conversaciones que nunca tuvo, cómo dejó de lado el cuerpo, lo sensual, la idea de tener vínculos y apostó todo por su hijo. Sabía que era una excusa: quiso llenar un vacío y no lo hizo. Vivió de sus rentas, no realizó nada importante, no fue una mujer moderna. Pensó en su madre, una mujer de juicios duros, pero, de alguna forma, de amor incondicional, que siempre decía que la belleza de la vida estaba en los detalles que elegimos recordar.

Elisa miró el reflejo de su rostro cansado en la ventana. Entonces, de improviso, apareció un hombre de unos treinta años con una energía que contrastaba con la serenidad del lugar. Alto, con una cámara colgada al cuello y un ejemplar gastado de *In Patagonia* bajo el brazo. Sonrió antes de hablar. Su acento español llenó el espacio como un eco que reverbera en cada rincón.

—Buenos días.

El español tomó asiento con naturalidad frente a Elisa, dejando su libro y cámara sobre el mesón.

—Buenos días —le contestó ella.

—¿Argentina?

—No. De acá, chilena. De toda la vida... No hay casi nadie ya —le comentó como buscando una excusa para hablar. No tenía claro por qué. No tenía tantas ganas de conversar con extraños. No haga nada que no quieras, recordó que le había aconsejado

su doctor. Pero tal vez era bueno distraerse por un rato con un hombre atractivo.

—Están casi todos en las excursiones. Trekking, paseos en barco, caminatas hacia los bosques —le contestó él.

—Yo saldré más tarde. O quizás no. Vine a pensar en este paisaje luminoso.

—Acá la luz es verdaderamente especial. Ayer tomé muchas fotos. Carlos Mercado, un gusto.

—Elisa Amenábar. Igualmente. Y este que viene con el pelo mojado es mi hijo, Beltrán. Beltrán, te presento a Carlos —respondió ella con una sonrisa que equilibraba cortesía y curiosidad.

Beltrán saludó con una indiferencia impostada, y se sentó al lado de Elisa. Después de estudiar rápidamente a Carlos, se acercó a su madre y le susurró en el oído.

—Está leyendo *In Patagonia* en la Patagonia. Como mucho, ¿no crees?

—Shhh... Beltrán.

—¿Es bueno el libro? —le preguntó Beltrán a Carlos.

—Sí, de Bruce Chatwin. Él fue, en parte, una de las razones por la que concebí este viaje. Lo leí en español y ahora quiero entenderlo en su inglés nativo.

Luego, Carlos procedió a contarles que era fotógrafo y que esta era su primera vez en América. Nunca antes había cruzado el Atlántico. Al aterrizar en Santiago, de inmediato había tomado un vuelo a Punta Arenas. La Patagonia estaba primero en la lista de sus pendientes. Siempre había soñado con llegar acá.

Como ella, reflexionó Elisa, y asintió. Pero fue Beltrán quien rompió el hielo.

—¿Por qué te interesaba tanto?

Carlos dejó la taza en la mesa y sonrió con aire de añoranza.

—Me lo imaginaba como un lugar mítico, como si el fin del mundo pudiera contener todo eso de lo que el resto carece. Y no estaba equivocado, solo que es aún más desolador, intenso y salvaje.

—Eso huele un poco a cliché —le dijo Beltrán entre torpe y maleducado.

—Beltrán, por favor.

Por dios, pensó Elisa, a veces su hijo podía ser tan tosco, tan descortés. ¿Por falta de padre? ¿Había errado en no brindarle figura paterna alguna? ¿Acaso nunca le iba a perdonar haberlo dejado sin esa experiencia? ¿Habría sido egoísta? Tal vez le debería haber hablado de Facundo antes, para que al menos hubiera crecido con la idea de un padre, aunque fuera de mentira. Pero no. Facundo no existía, nunca lo hizo, fue una fuerza que se consumió en sí misma, y ella era todo lo que Beltrán tenía. No, Beltrán no era así por falta de padre. Tal vez por inseguridad. Soledad. O la vida. Quién sabe. Recordó cuando le leía cuentos en la cama, y se preguntó en qué minuto se fue todo a la basura y se le deshilvanó la ruana.

—Disculpa, Carlos —le dijo Beltrán y entrecerró los ojos, coqueto.

Carlos le sonrió de vuelta, y siguió relatándoles cómo todo había comenzado en 1992, en Cádiz, cuando era un joven algo extraviado. Y un día en casa, en pleno verano, su padre le había dicho que lo llevaría a conocer el hielo. Fueron en auto por toda Andalucía, hasta Sevilla, a la Expo Universal en la isla de la Cartuja, donde Carlos y su padre vieron el pabellón de Chile.

—Habían traído un iceberg de la Patagonia. Ustedes. Los de Chile. El pabellón era como una bella nave espacial refrigerada...

Por unos segundos, Carlos permaneció en reposo, como si tratara de ordenar su nostalgia. Además, agregó, allí había conocido a un chileno, a Raimundo.

—¿Raimundo cuánto? —preguntó Elisa, levantando una ceja con curiosidad.

—Urenda.

—Debe ser sobrino de la Beatriz Urenda. De los Urenda de Viña, seguro. Regios todos...

Carlos bebió de su café, y se limpió el bigote con una servilleta de lino.

—Afuera había 42 grados secos. Pero adentro, te helabas. Era como una catedral: fresca, inmensa, impresionante. Nunca había visto algo así. Ese bloque de hielo, bajo las luces y rodeado de vapor, me pareció como un pedazo arrancado de otro planeta. Era... extraordinario.

Rio suavemente, como si el recuerdo lo transportara de vuelta.

—Raimundo nos contó a mi padre y a mí de dónde venía el hielo, nos habló de estas Torres del Paine, de los glaciares y las reservas de agua, y de una región asombrosa llamada Patagonia.

—Donde estamos ahora —retrucó Elisa.

—Así es. Donde ahora los tres desayunamos como reyes.

La chimenea ardía, las llamas a veces se tornaban azules. El desayuno se había convertido en un aperitivo. El cielo estaba naranja. La luz rebotaba de la nieve e iluminaba el mundo de una manera tamizada, indirecta, como en los buenos restaurantes. Cada uno estaba sentado en inmensos sofás individuales, forrados en lana de oveja. Carlos hojeaba un libro acerca de las estancias. Elisa tejía una bufanda. Beltrán escuchaba música con audífonos. En la mesa había jugos, frambuesas, quesos frescos, nueces caramelizadas y pisco sour.

—Es curioso, pero...

—¿Sí, Carlos?

—Es que más allá de las vistas y los glaciares... Estando acá adentro es como... Es como si tuviera un déjà vu. Como si hubiera regresado. Se me viene a la cabeza Raimundo.

—Mmmm. Fueron novios, ¿no? —preguntó Beltrán.

—¡Beltrán! Perdona, Carlos.

—No le pusimos nombre, pero fue intenso.

Carlos les siguió hablando de muchas cosas: que se había quedado trabajando en Sevilla y de su relación con Raimundo. Reconoció que fue la primera vez que alguien le hizo sentir que podía ser él mismo. Fue su primer amante y mejor amigo. Tomaban helados, conversaban y reían juntos. Elisa sintió un nudo en la garganta al escuchar tanta honestidad en las palabras de Carlos. Había algo en su relato que tocaba una fibra profunda, un eco de las oportunidades que ella misma había dejado pasar. Notó que la mirada de Beltrán había cambiado, como si algo en la historia de Carlos lo hubiera desarmado o vuelto a conectar.

—Supongo que estas cosas nos marcan de maneras inesperadas —dijo ella finalmente.

Carlos la miró y asintió con seriedad.

—Sí, ¿no? A veces ni siquiera entendemos cuánto hasta que volvemos a encontrarlas.

Luego él les contó de sus viajes por el mundo, de su amor por la fotografía y de los lugares remotos que había conocido. Elisa escuchaba con interés, pero sus pensamientos volvían una y otra vez a las palabras de Carlos sobre Raimundo y el iceberg. Había algo en esa historia que parecía resonar más allá de lo dicho. ¿Había sentido alguna vez algo así? ¿Por Facundo? Después del nacimiento de Beltrán no hubo más que romances pasajeros. ¿Pero era arrepentimiento lo que sentía?

Cuando los relatos de Carlos parecieron agotarse, él se levantó, tomando su libro y cámara.

—Ha sido un placer. Quizás nos crucemos de nuevo en las termas. Este lugar tiene un modo curioso de juntar a la gente.

Se despidió con una sonrisa amplia antes de marcharse. Elisa observó a su hijo mientras Carlos se alejaba. Notó que Beltrán seguía mirando en dirección a la puerta.

—Interesante, ¿verdad? —comentó ella.

Beltrán tardó unos segundos en responder, pero cuando lo hizo, su tono era más suave de lo habitual.

—Sí... Interesante.

Beltrán había decidido probar las piscinas termales junto a Carlos. Elisa, en cambio, se había quedado en su habitación, prefiriendo una tarde tranquila con una novela de Ángeles Mastretta. Pero no se podía concentrar. Estaba alterada, inquieta. Se recostó en el sillón junto al ventanal. La idea de escribir nunca le había atraído; sus pensamientos siempre habían sido suyos, no necesitaba traducirlos en palabras para nadie, ni para ella misma. Pero en la soledad de esa noche empezó a hilar reflexiones que le pesaban como piedras.

Pensó en Roma, en los años de exilio, en una juventud que había vivido con intensidad y desesperanza. Elisa era entonces una mujer distinta, encendida por la rabia de la injusticia, por luchas que parecían eternas, por historias de compañeros que desaparecían, que volvían quebrados o que nunca regresaban. Roma había sido un refugio y una cárcel al mismo tiempo. Había llegado sola, con nada más que un par de maletas y un corazón lleno de sueños rotos que apenas latía. Allí, en medio de manifestaciones, debates interminables y tardes de vino barato en apartamentos abarrotados de afiches de protestas, conoció al padre de Beltrán.

Facundo Rosetti.

Su nombre aún tenía un peso extraño, como la resonancia de algo inconcluso. Era un exiliado como ella, pero él sí había combatido, secuestrado, matado. Y lo habían torturado por ello. *No busco relaciones, busco experiencias*, le comentó mientras comían *pasta alla carbonara*. Vivía en Madrid y no quería volver nunca a Montevideo. Elisa lo había conocido en una reunión organizada por un comité de apoyo a Chile. Facundo hablaba con un entu-

siasmo contagioso sobre poesía, sobre Allende, sobre cómo resistir desde la distancia. Ella se sintió atraída por él casi de inmediato, no solo por su belleza —que era innegable—, sino por su forma de moverse, de mirar, de llenar el espacio con su risa. Beltrán había heredado sus dientes, su cuello y sus pies. Beltrán era lindo, pero Facundo, irresistible. Domaba con su voz y su seguridad. Era un guerrillero de los sentimientos, un revolucionario de las tradiciones. No creía en lo doméstico, pero sí en la plenitud. El placer era obrero, no burgués, no aceptaba convenciones, aunque todo en Rosetti era patriarcal. Facundo se robaba el aire, la energía, opacaba a todos. En las peñas latinoamericanas apenas iluminadas con velas, él se volvía el centro de luz. Se hicieron inseparables. Paseaban por las calles de Trastevere, compartían cigarrillos en los escalones de Piazza Navona y no se prometieron nada. Facundo era todo lo que Elisa creía necesitar: inteligente, apasionado, un hombre que parecía entenderla en cada palabra y en cada silencio, y que a la vez la dejaría libre, porque no quería pedirle nada, ni siquiera estar con ella.

La noche antes de que Facundo tuviera que regresar a Madrid tomaron lambrusco, quizás demasiado.

Ella se quedó a dormir en su pensión por la Piazza Ragusa.

Esa noche quedó embarazada.

—Este mirador es precioso —le comentó Carlos—. ¿Te parece que nos quedemos aquí?

—Sí, está lindo —contestó ella.

Estaba cansada. Habían atravesado la estepa, donde por un rato se derritieron en el horizonte jaspeado por el amarillo intenso y perfumado de las paramelas en flor. Después siguieron por el bosque. Allí Elisa tomó la hoja de un sauco cimarrón, la molió con la yema de sus dedos y se la mostró a Carlos para que él pudiera sentir su aroma.

—Mira, ese fondo. No son las torres, pero es...

Ambos miraron: era un muro de piedra que parecía una cascada de vidrio, o un edificio moderno. Se alzaba más de quince pisos. El sol se reflejaba negro. Más allá, un lago de aguas celestes, rodeado de playas de arena azabache, aparecía como un secreto. El viento rugía, el pasto salvaje ondulaba.

—Ha sido agradable este paseo, ¿no? —dijo ella.

—Sí, muy. ¿Sabes?, me gustaría fotografiarte, ¿puedo?

—No, Carlos. Prefiero que no. Estoy demacrada. Debiste verme antes, cuando era joven. Recuerdo que tenía un vestido blanco strapless con lunares... Ahora no me vas a fotografiar en este estado.

No, se dijo a sí misma, no soy uno de esos esperpentos que le gustan a la Paz Errázuriz.

—Dignidad ante todo y hasta el fin, Carlos, dear. Pero hubo una época en que me miraban mucho.

—Lo creo. Ahí, no me mires a mí, mira el horizonte. Perfecto. ¿Puedes sacarte ese gorro de visón? Es bello, pero me gustaría retratarte a cara descubierta.

—A cráneo descubierto querrás decir. Este cosaco era de mi madre. Lo compró en Leningrado, en un viaje de empresarios chilenos, durante la UP. Fueron invitados por los rusos. Mi madre quedó maravillada y mi padre aterrado. Es muy Julie Christie en *Doctor Zhivago*. Esos abrigo de piel, esos chalecos de cuello alto oversize. No he parado de silbar *El tema de Lara*. Acá he pensado mucho en ella, en esa película, en toda su carrera. Fue estupenda, regia. Lo sigue siendo, pero ahora está vieja. Qué feroz haber sido tan estupenda y luego... ¿Viste alguna vez *Darling*?

—Mi madre fue extra para David Lean. Junto a toda mi familia. Caminaban por la nieve falsa en el Moscú que construyeron en Soria. Amo tu cosaco, Elisa, pero... ¿Es mucho pedir que lo dejes en tu bolso?

—Es pedir mucho.

—Sí, cierto. Disculpa. Es íntimo.

—Exacto. Es demasiado íntimo. Además, a la gente le puede dar miedo. Me consta: nada horroriza tanto como una mujer calva. ¿Así?

—Así. Te ves guapísima.

—Lo dudo. De todos modos, gracias. ¿Puedo fumar, Carlos?

—Por supuesto.

—Es marihuana, me la recetó mi doctor. ¿Quieres?

—Sí, buenísimo.

Elisa encendió el cigarrillo de marihuana. Inhaló con precisión y exhaló el humo como si hubiese sido un suspiro guardado por años. Sintió el sol en su rostro y cerró los ojos. Placer. Estaba viva.

—¿Te gusta Beltrán, Carlos?

—Es... simpático.

—Quizás demasiado inteligente, pero peor sería al revés, como decía mi madre.

—Va a llegar lejos, no te preocupes por él. Lo criaste bien.

—Pero te estoy preguntando si te gusta físicamente.

—Es lindo. Es joven, los jóvenes tienden a ser guapos, ¿no?

—Sí, es cierto. La juventud es belleza.

—Así que eso querías saber: si me gustan los hombres.

—Sí.

—Pero lo supieron en la chimenea, ¿no?

—Puede ser.

—¿Importa en algo? ¿Afecta?

—No creo. No... Es que a veces pienso que Beltrán...

—Beltrán es libre. De seguro encontrará su camino. Es un chaval despierto. No creo que necesites guiarlo. Y quizás sea para mejor que no tenga padre.

—¿Cómo sabes que no tiene? —preguntó Elisa con algo de resentimiento.

—Es que...

—¿Qué?

Sí, ¿qué? Qué sabía él de su vida, de su mundo, de tener hijos. De ser madre y tener que morir... De pronto, un vacío le caló las entrañas. Beltrán estaría sin ella. ¿Solo? No soportaba la idea. Por eso, a pesar de la petulancia juvenil de Carlos, ella quería creer que él tenía razón, que su hijo estaría bien. Pero también tenía claro cuán infantil e inseguro podía ser Beltrán. Elisa deseaba perderse en el abrazo de algún convencimiento. Sí: Beltrán encontraría su camino, lo haría, sí, se repitió una y otra vez como mantra. Era suyo y era sofisticado.

—Disculpa, Elisa.

—No hay problema —respondió ella algo distraída.

—Mira, yo simplemente observo. Ya tengo más de treinta.

—Más de treinta... —sonrió ella—. No es mucho, querido. Me daba pánico llegar a los sesenta y... ¡Mira, un piche! Es un armadillo. Pobrecito, es como mal hecho. ¿Te parece lindo?

—No sé. Es raro. Nos mira.

El piche se escabulló, y ellos siguieron conversando. Sobre pájaros, películas y hombres, ciudades, parques y bares perdidos. Ella recordó a aquellos amantes que había dejado atrás, y él le contó sobre algunos que había conocido hacía tan solo días. Así fueron compartiendo. Carlos le prometió que cuando ella fuera a Madrid a visitarlo, él la pasearía por Chueca. Elisa lo miró intrigada y divertida. Pero se dejó llevar por la fantasía: mientras él jugaba a tener una nueva mejor amiga, ella, aunque fuera por un segundo, haría como si aún pudiera soñar con un futuro.

—Me encanta. Me llevas a Chueca, a los parques, al Museo Reina Sofía...

Beltrán estaba sentado en el salón del hotel, mirando por el enorme ventanal sin realmente ver nada. El paisaje, con toda su majestuosidad, había perdido su efecto hipnótico. La inmensidad de las montañas y los glaciares no podía competir con la carga

de los días recientes. El viaje, que había comenzado como una forma de acompañar a su madre en lo que claramente era su despedida, ahora lo tenía atrapado en un limbo agobiante. La muerte de Elisa estaba allí, flotando en el aire como una sombra que no podía ignorar.

Cada conversación, cada omisión, cada mirada contenía un subtexto que lo desesperaba.

Carlos entró al salón con su cámara colgando del cuello y un aire despreocupado que parecía diseñado para molestar a alguien como Beltrán, que sentía el peso del mundo sobre sus hombros.

Al divisarlo Carlos se detuvo.

—¿No sales a caminar? Hay una luz increíble para fotos afuera —comentó, señalando con la barbilla hacia el exterior—. Me encantaría fotografiarte.

—Para qué...

Beltrán levantó la vista hacia él, sin molestarse en disimular su fastidio.

—La verdad es que no me interesan ni la luz ni las fotos, ni capturar momentos fugitivos. Estoy cansado de todo esto.

Carlosladeó la cabeza, estudiándolo por un instante antes de sentarse frente a él.

—¿Cansado de qué exactamente?

Beltrán sintió un borbotón incontrolable por dentro. De pronto, se abrieron las compuertas y se encontró a sí mismo estallando frente a un desconocido.

—¿De qué? ¿No se te ocurre? De todo. De tanta muerte. ¿Me vas a decir que no te diste cuenta de que mi mamá está enferma? Soy muy joven para tanta muerte. Odio la decrepitud... ¿Te parezco vano?

—Me pareces joven.

Beltrán lo miró, y por un momento se quedó en silencio, como si estuviera evaluando hasta dónde podía llegar con alguien como Carlos.

—Salgamos.

Salieron a la terraza. La quietud resplandeciente del crepúsculo los abofeteó. Una calma que era, Beltrán debía admitirlo, conmovedora. Y mientras caminaban en dirección hacia las termas, le contó a Carlos:

—Estoy cansado de todo. De este lugar. De mi madre. De mí mismo. De la vida y de la muerte. De que todo a veces me carga y... Me dan lata las conversaciones que se vienen. Les temo. Eso, Carlos. Estoy aquí porque no podía decirle que no. Pero este viaje no es mío. Es de ella. Jamás vendría al final del mundo. A mí me gusta estar donde está todo el mundo, no en este peladero.

Elisa había decidido salir a dar un paseo. Se dejó guiar por el sendero que conducía a las piscinas termales. Quizás el agua caliente le haría sentirse liviana y dejar de pensar en su cuerpo. Al llegar, se detuvo detrás de unos arbustos que bordeaban las termas, atraída por las voces apagadas que llegaban desde el agua. El vapor ondulaba sobre la superficie y ocultaba parcialmente a dos figuras que se encontraban en la piscina principal. Elisa reconoció inmediatamente el cabello rubio empapado de su hijo.

Frente a él estaba Carlos.

Sintió un tirón en el pecho.

Carlos se inclinó hacia Beltrán, su mano rozando el rostro del joven con un gesto que Elisa advirtió al instante: no era solo un toque físico, sino una conexión profunda. Beltrán no se apartó; al contrario, cerró los ojos y permitió que Carlos se acercara más.

Carlos llevó a Beltrán a la orilla y le sacó su traje de baño.

Beltrán abrió sus piernas y la cara de Carlos se perdió entre ellas.

Estaban lejos, estaba oscuro, el vapor lo cubría todo. Elisa se dio cuenta de que ya no sentía el tirón inicial. En su lugar, había algo cercano a la paz. Su hijo no estaba perdido ni roto, como ella a veces temía.

Estaba encontrándose a sí mismo, y eso era más de lo que ella había podido soñar.

Era la hora mágica: ese breve instante en que la luz transforma todo lo que toca en algo casi irreal. Elisa y Beltrán caminaban juntos por un camino que circundaba el lago, en silencio. El ruido de los saltos no paraba, pero parecía más suave. Elisa había insistido en salir con él. Se sentía mejor ese día, o al menos lo suficiente como para dejar atrás el calor de la habitación y enfrentarse al aire fresco del parque. Regresarían al día siguiente directo al aeropuerto de Punta Arenas, aunque implicara un esfuerzo.

—Gracias por acompañarme. Espero que no te hayas aburrido demasiado.

—Obvio.

—Qué pena que se haya ido Carlos. ¿Posaste para él?

—Sí.

—Yo también. ¿Con ropa?

—Con y sin. Me dijo que era algo artístico —Beltrán se rio—. ¿Te parece mal?

—No, para nada. Carlos es amoroso.

—Engrupido.

—Un poco, sí. Aunque también me pareció atractivo. ¿A ti no?

—Se cree más guapo de lo que es, pero sí. Puede ser.

—Tiene pasado, cicatrices. Ha vivido. No es un niño burgués.

—Pero yo igual sí, mamá.

—Por ahora.

Elisa llevaba un pequeño cigarrillo de marihuana en el bolsillo. De vez en cuando lo tocaba como para asegurarse de que siguiera ahí.

—Qué belleza, ¿no?

—Es como una película, sí.

Elisa se detuvo y sacó el cigarrillo. Lo encendió con cuidado, sus manos temblando ligeramente por el frío. Dio una calada lenta, saboreando el humo que traía consigo una tranquilidad que no había sentido en días.

Beltrán olió la hierba, pero no le salían palabras.

—¿Quieres? —preguntó, extendiéndoselo a Beltrán con una sonrisa traviesa. Beltrán la miró sorprendido, sin saber si estaba bromeando.

—¿En serio? ¿Tú?

—¿Por qué no? —dijo Elisa, encogiéndose de hombros—. No te preocupes, es medicinal. Además, no me van a meter presa en mi última semana de vida.

Beltrán no pudo evitar reír.

—Menos acá, mamá. No hay ni guardaparques. Y esos son los dealers.

Aceptó el cigarrillo y dio una calada torpe, tosiendo ligeramente mientras se lo devolvía. Después de un momento, Elisa volvió a hablar, su voz serena pero cargada de intención.

—¿Te cuento algo? Si hubiera estado sana y quizás más joven, me habría acostado con alguien como Carlos.

—Really? Vaya.

—¿Tú no?

—¿Yo qué?

—¿No te habrías acostado con Carlos?

—Lo hice. ¿Mal? Uf, ya lo dije.

—Se veían bien juntos.

—No es mi novio, pero...

—Hubo algo.

—Sí, hubo algo. Obvio.

Beltrán sonrió para sí y se iluminó. De inmediato, se transformó en otro chico.

—Me hubiera gustado saberlo antes. Poder haberte acompañado. Haber estado ahí para ti.

—Ya. Cambiemos de tema. Está todo bien. Es bueno esto.

—¿Qué exactamente?

—Que podamos... conversar. Compartir. ¿De verdad no te da lata?

—No.

—¿Te sorprende?

—Tampoco. ¿Sabes lo que siento ahora?

—No, mamá. ¿Calma?

—Sí, pero... Siento que llegué a Ushuaia. Así debe sentirse allá.

—Me gusta eso. Que hayamos llegado a... que todo haya...
Está bueno estar acá. Juntos.

—Vivos.

—Vivos, claro. Obvio. Sí.

—Una cosa, Beltrán: ¿pasó algo alguna vez con Dante Solari? Siempre tuve la...

—*He broke my heart*, mom. Le dije: haz lo que quieras conmigo, y el narciso me rompió el corazón.

—Con esa madre, ¿qué esperabas?

Ambos comenzaron a reír sin poder parar.

Elisa sonrió y se acercó a él, colocando una mano en su hombro. Beltrán besó tiernamente su mejilla y luego la abrazó hasta dejarla sin aire.

—Te quiero, mamá. Lo sabes, supongo. Aunque no lo diga.

—¿Me vas a echar de menos?

—Mucho.

—Un día debes regresar, ¿cierto? Podrías venir con tu padre.

—¿Ahora me vas a hablar de mi padre? ¿Va a ser una de esas escenas?

—Sí. ¿Puedo?

Beltrán la miró, sus dientes eran del mismo color de la nieve que brillaba detrás de él.

—Puedes.

—Terminemos esto mejor.

—¿Es un cuento largo?

—No, es corto, creo.

—Mejor, mamá. Mejor. No hay tiempo que perder.

Caminaron juntos, bajo la luz mágica del atardecer, mientras las montañas los observaban en su mutismo eterno. De pronto, apareció el sol detrás de una nube y los iluminó. Eran dos, pero parecían muchos más.

Bruno Lucero, agosto de 2005,
Maipú.